

Aquam sale conspersam populis benedicimus, ut ea cuncti adpersi sanctificentur, ac purificentur, quod et omnibus sacerdotibus faciendum esse mandamus. SAN ALEXAND. I PONT. EPIST. 1.

Hujus benedictionis traditio especialis in Synagoga permansit, et in Ecclesia celebratur. S. AUGUST.

Reatus pœnæ remittitur secundum modum fervoris in Deum, qui per prædicta excitatur, quandoque magis, quandoque autem minus. S. THOM. III, p. quæst. 87, art. 3 ad 5.

Restuebat unda, ut sua fronte mulier in novum baptisma suorum dilueret illuviem peccatorum. S. CHRYSOL. SERM. XCIII DE MAGDAL.

Bendecimos agua con sal para los fieles, á fin de que rociados todos con ella sean santificados y purificados: lo que tambien ordenamos hacer á los sacerdotes.

La tradicion particular de esta bendicion la vemos en la Sinagoga, y la Iglesia la ha observado.

El reato de la pena se perdona (mediante el agua santa) segun el fervor hácia Dios, que por él se excita á misericordia á veces mas, á veces ménos.

Manaba el agua de las lágrimas, para que aquella mujer, por medio de este nuevo bautismo, borrarse la muchedumbre de sus pecados.

ALEGRÍA CRISTIANA.

Lux orta est justo, et rectis corde latitia.
Amaneció la luz al justo, y la alegría á los de recto corazon.

(*Psalm. xcvi, 11.*)

Dicen algunos, que la religion vuelve tristes y melancólicos á los hombres, y en tan fútil motivo se fundan para suponerla poco favorable al indispensable trato de los hombres. Los que confunden la alegría equívoca con la verdadera, creen, que el desvanecimiento y la embriaguez de goces son las situaciones mas naturales y provechosas al hombre; por esto miran con aversion y horror la influencia de aquellas máximas, que tienden á volvernos graves, sensatos y circunspectos, si bien, por esto, no nos priven de obrar con alegría y de tratar con la mayor amabilidad á nuestros semejantes. Como no han saboreado jamas los placeres inexplicables de la virtud, ignoran completamente en que consiste la santa alegría producida por la paz del corazon, ni aciertan á distinguir bien los goces y los pesares, la alegría y la tristeza de los verdaderos discípulos del Redentor, y solo calculan por sus propias exageraciones y su insoportable tedio. Asi como la religion reprueba todos los excesos, ellos tratan á la religion de enemiga de la alegría; y porque sus crímenes llevan al colmo la tristeza y los sinsabores de su conciencia, miran la religion como principal origen de un tedio insufrible.

Desvanecemos este grave error para gloria de nuestra santa religion y para nuestro propio provecho. Hay alegría nociva, y hay alegría inocente y santa. La primera no debe llamarse alegría, porque lejos de serlo en verdad, es un raudal de amargura y de tristeza. La alegría inocente y santa es la que constituye los verdaderos goces y placeres, es un torrente de paz y de consuelo, y es, digámoslo así, una anticipacion de la alegría eterna, que consiste en la bienaventuranza. Examinemos hoy sus diferencias, y os convencereis

de que la alegría que produce la conciencia exenta de pecado, la alegría que nos da Dios, ó lo que es lo mismo, la alegría cristiana es la verdadera; y que la alegría que nos da el mundo, que procede del enemigo de nuestra felicidad, es falsa y engañosa. Ya veis que el asunto es importante; pidamos, pues, los auxilios de la gracia para tratarlo con todo el acierto que reclama. A. M.

1. El origen de la verdadera alegría es la virtud; por consiguiente, donde hay mayor virtud, hay mayor alegría; y donde está la virtud perfecta, allí se encuentra también la perfecta y única alegría. Por eso he dicho, que la alegría cristiana es la verdadera, porque procede de la virtud: alegría santa en su origen, santa en sus motivos, y santa en sus obras.

Nosotros no podemos ser felices sino poseyendo á Dios y gozándole; y nuestra alegría es mas ó menos perfecta segun la mayor ó menor perfeccion de nuestras virtudes, en las que consiste la posesion de Dios. Cuando amamos á Dios, le poseemos; y la alegría que semejante posesion produce, es superior á todas las alegrías. Ni las adversidades mas terribles que sobrevengan, ni los sufrimientos mas agudos que se experimenten, ni todas las angustias que nos aflijan, nada puede turbar la interior alegría de los que poseen á Dios sin temor de perderle, como no sea por culpa propia. *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*, decia el Apóstol, II CORINTH. VII, 4. Reboso de alegría en medio de mis tribulaciones. Poseyendo á Dios por la virtud, el corazon está completamente ocupado; y entónces, ni la pérdida de las riquezas le turba, ni las defecciones le contristan, ni la ambicion le tiene en sobresalto, porque únicamente Dios ocupa todas las potencias del alma; y lo que el mundo considera como pérdidas y motivos de tristeza, el alma virtuosa lo califica de ventajas y ganancias, que le obligan á mostrarse cada dia mas fiel y mas adicta al soberano bien, que constituye toda su inefable dicha. Solo una puerta tiene la tristeza para penetrar en el alma virtuosa, la puerta del propio pecado; pero el amor á la virtud la tendrá siempre cerrada. Si le sobreviniere la desgracia de perder á Dios, entónces lo habria perdido todo; y viéndose privada del inmenso bien que llena el universo, su tristeza no reconoceria límites. Siendo virtuosa no tiene otros deseos que los de agradarle y poseerle: toda su alegría consiste en saborear las aguas que brotan del costado de nuestro Salvador. Esta es la verdadera alegría, tan santa en su origen, como que su origen es el mismo Dios, el mismo costado del Salvador.

2. Vosotros, los que corriendo en pos de las fantasmas del mun-

do y de sus sombras é ilusiones, vivís sumidos en la tristeza y desolacion, buscad agua para vuestra sed de alegrías en las fuentes que salen del costado de Jesucristo; porque solamente allí hallarán suave y fresco rocío vuestros labios, que ahora se abrasan al chuparse en las desabridas aguas con que os brinda el mundo; solamente allí encontrará alegría vuestro corazon, envuelto ahora en la profunda tristeza que da de sí el pecado. Vosotros, los que por naturaleza os sentís inclinados á la melancolía, volved á Dios, y hallareis alegría verdadera. Los espectáculos mundanos gastan vuestras sensaciones, pero no os alegran; os distraen, pero no os tranquilizan: apartados de Dios, que es nuestro verdadero centro y nuestro bien único, nunca podreis alegraros; pero si volved á él experimentareis la santa alegría, tan íntima como la satisfaccion que dan á un hombre sediento las aguas de cristalina fuente. Esta es la única alegría verdadera, porque es santa en su origen.

3. Ahora añado, que la alegría cristiana es también santa en sus motivos. El alma virtuosa medita las perfecciones de Dios, las maravillas de sus obras, sus beneficios temporales y sus promesas eternas; y esta consideracion no puede menos de causarle una alegría inefable. Cuando el santo rey David convidaba á Sion y á las hijas de Judá á que se alegrasen y regocijasen, ¿qué motivos alegaba? Los juicios del Señor: *Propter judicia tua, Domine*. PSALM. LVII. 42. Cuando el mismo profeta deseaba experimentar un gozo santo, fijaba su atencion en las admirables obras de las manos de Dios: *In operibus manuum tuarum exultabo*. PSALM. XCI, 5. Grande es la alegría y la felicidad del alma virtuosa cuando considera las incomprendibles perfecciones de Dios. Si anda en busca de la eternidad, la encuentra en Dios; si busca la inmensidad, la ve personificada en Dios; si va en pos de la sabiduría, en Dios la admira; si pretende encontrar la omnipotencia, en Dios la acata; si suspira por la santidad, en Dios la venera; si en fin apetece la justicia ó la misericordia, la fe le enseña, que Dios es infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Si despues de considerar las perfecciones de Dios, examina las de sus obras, queda, digámoslo así, extasiada. Desde el sol hasta el insecto, desde el cedro hasta la hoja seca, desde el mar hasta los confines de la tierra, todo nos inspira amor y alegría; el universo es como una arpa, que acompaña con sus dulces sonidos los alegres cánticos de nuestro corazon. Y al verse el alma virtuosa tan favorecida por el Señor con toda clase de beneficios, llena de un santo entusiasmo, no puede menos de exclamar con el real Profeta: *Cantabo Domino qui bona tribuit mihi*. PSALM. XII, 6. Señor, me

colmais de bienes que el tiempo no gasta, ni la polilla corroe; de bienes que ni el ladrón usurpa, ni el hombre consume; por eso mi corazón se alegra en vos, y os cantará siempre alabanzas.

4. Por último; la alegría cristiana es verdadera, porque es santa en sus obras. Dulcemente embriagada el alma virtuosa con el inefable gozo que la causa la tranquilidad de su conciencia, así en sus pensamientos como en sus obras, así en el trato íntimo de la familia como en las relaciones sociales, lleva por todas partes la alegría y la dulzura, la benevolencia y la caridad. Sus palabras son como un rocío, que humedece la tierra árida; y como ráfaga de luz que difunde sus rayos en una mansión tenebrosa. A su vista los mundanos se quedan sorprendidos, y envidian su carácter, no comprendiendo, que no es efecto del carácter, sino de la virtud lo que excita su admiración y envidia. Si todos los hombres fuesen virtuosos, la sociedad no ofrecería tantos y tan repugnantes espectáculos que el tedio exacerbado, digámoslo así, por los desengaños de la vida produce en las sociedades civilizadas. Todo se trueca en tedio y desesperación; por eso la sociedad se afana en aumentar las diversiones con que ha de excitarse la alegría; pero se afana en vano, porque solamente la virtud da de sí la verdadera alegría, que experimenta el corazón plenamente satisfecho con poseer á Dios y con la esperanza de gozarle para siempre. La alegría que los mundanos buscan es falsa é ilusoria; en vez de proporcionarles contento y gozo, será para ellos origen, de amargas tristezas; porque es una alegría criminal en su origen, criminal en sus motivos, y criminal en sus efectos.

5. No es extraño, que encontrándose el pecador, digámoslo así, fuera de su centro cuando se ve separado de Dios, trate naturalmente de buscar su tranquilidad y reposo, como le busca la piedra que ha sido arrojada á los aires. Su amor pide, como la abeja á las flores de la tierra, el sustancioso jugo con que presume labrar su dulce morada; y busca de objeto en objeto, de diversion en diversion, de placer en placer la satisfacción de una necesidad, que crece de continuo, porque continuamente se frustra. Si fuese virtuoso, si amase á Dios, sentiría su corazón satisfecho; pero como no quiere amar á Dios, ni probar la alegría que es efecto de la virtud, ama las cosas del mundo, busca en ellas la alegría, y no conoce que en el cáliz de estas flores, á que aplica sus labios, solo hay acibar y veneno. La alegría que busca el pecador está viciada en su origen, porque su origen es el amor que pone en las criaturas, por no ponerle en Dios. Pues bien, las criaturas no satisfarán su corazón, y la alegría que sueña, se convertirá en melancolía y tristeza. Placeres momentá-

neos, que han dejado tras sí una sangrienta huella en la conciencia; esperanzas frustradas en un mar de deseos; deseos que se pierden en un océano de esperanzas; pasiones excitadas por la concupiscencia, y humilladas ante el desengaño; odio á las riquezas, porque no proporcionan la felicidad; odio á la pobreza, porque impone privaciones; odio al mundo, porque engaña; odio á Dios, porque amenaza; odio al vicio, porque es un tirano; odio á la virtud, porque es severa: ved aquí, oyentes, el cuadro que presenta la alegría del pecador. En el fondo de su corazón reina siempre la tristeza; nada le contenta: melancólico, desabrido, brusco, desesperado, ni puede sufrir á sí propio, ni puede sufrir á los demás; su alma sumida en el crimen está triste hasta la muerte.

6. La alegría del pecador es criminal en su origen; por esto se convierte en tristeza. Ahora voy á demostraros, que también es criminal en sus motivos. No contento el pecador con no amar á Dios, busca en la tierra algo que pueda sustituirle, para decirle en seguida, que se retire de su corazón, porque no le necesita para gozar. Si los placeres, las riquezas y las diversiones le dejasen satisfecho, retírate de mí, diría á Dios, yo puedo vivir sin ti; huye de mi corazón, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino las cosas de la tierra las que han de satisfacerle. Pero en vano busca en los objetos mundanos sus goces y alegrías; la tierra para él no produce mas que espinas: el pan de los placeres está amasado con amargura. No se canse el hombre mundano: por mas que trate de cultivar la tierra de los placeres para que le produzca alegrías, solo cogerá punzantes espinas, que atravesarán su corazón; y como su alegría decae en los medios por los cuales se busca, se convertirá siempre en tristeza.

7. Por último la alegría de los mundanos es criminal en sus efectos. La industria inventa todos los días recursos para multiplicar las diversiones, y conseguir que el pecador ahogue los vivos remordimientos de una conciencia culpable; pero difícilmente hallareis una diversion, que no sea origen de muchos pecados. En las reuniones se tienden lazos á la inocencia; y bajo la influencia de calculadas distracciones, se excitan todos los apetitos. El espíritu de lucro va siempre inventando nuevas diversiones; y el hombre, aun en medio de sus goces, está siempre triste. Partiendo de este principio, y obrando á impulso de semejante motivo, solo se produce el indicado efecto, y entonces es natural que la alegría mundana sea para los pecadores fecundo origen de mortal tristeza. Por eso son insufribles é intolerables por su mal humor en el seno de la familia y siempre

que se les habla de otra cosa que de diversiones. Nadie en lo bruceo y en lo déspota iguala al pecador. Su interior disgusto se deja traslucir de un modo visible en todos sus actos. En su mirada, en sus palabras y gestos va impreso un sello indeleble de melancolía. Hasta los instintos de hombre degeneran perceptiblemente en el pecador, que solo se acostumbra á las alegrías que traen consigo la disipacion del vicio y los desvanecimientos mundanos.

Lo contrario sucede con la alegría del cristiano. Santa en su origen, en sus medios y en sus efectos, proporciona al que la experimenta cierta expansion, que se comunica á los que le rodean.

Alegraos, pues, os diré con el Apóstol; pero alegraos en el Señor. Amad á Dios, practicad la virtud; de este modo estareis siempre alegres, disfrutareis de paz y tranquilidad en la tierra, y de una alegría perfecta, y de la misma felicidad de Dios en el cielo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Hay alegrías que nos las da el mundo, y las hay que nos las da nuestra conciencia limpia de pecado. Las primeras, léjos de serlo en verdad, *no son mas que torrentes de amargura*: las segundas *son torrentes de paz y de consuelo*.

I. La verdadera alegría es el efecto de la caridad, ó del amor de Dios; la que nos da, pues, el mundo, no es verdadera. Solo Dios puede satisfacer el corazon; las criaturas léjos de contentarle, mas bien le afligen. El hombre mundano no puede sufrirse á sí mismo: en el fondo de su corazon reina cierta tristeza, que pudiéramos llamar preludio de los tedios infernales. En vano multiplicará las diversiones y los placeres; á medida que éstos se aumentan, se excitan los apetitos. Él dice á Dios: huye de mi corazon, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino el mundo el que ha de satisfacerle. Y Dios le contesta: este mundo, donde buscas las alegrías, no te proporcionará sino penas y tormentos; hasta que vuelvas á mí estarás hambriento de felicidad.

II. La alegría, empero, que viene de Dios, no lleva consigo tristeza alguna, llena el corazon de paz y de consuelo. El que ama á Dios posee el bien que únicamente puede llenar nuestro corazon; y á proporeion que le ama, mayor es su alegría por la esperanza que tiene de ir un dia á gozar el bien amado. Aun cuando le sobrevengan terribles adversidades, ó experimente crueles dolores, no tur-

barán estos su alegría interior; y dirá con el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. Sus palabras son como el rocío que humedece la aridez de la tierra, y como nube que trae la vida á las plantas. Los mundanos se quedan sorprendidos al verle obrar con tan cordial alegría, envidiando lo que ellos llaman el carácter, no queriendo comprender, que no es el carácter, sino el efecto del amor divino lo que admiran y envidian.

LA ANTIGUA Y LA NUEVA ALIANZA.

Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit ... Quæ sunt per allegoriam dicta: hæc enim sunt duo Testamenta.

Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos..... lo cual fué dicho por alegoria: estas dos *madres* son los dos Testamentos.

(Galat. iv, 22-24.)

Uno de los caracteres mas admirables del cristianismo y su prueba mas incontestable es, que comenzó al comenzar el mundo, se estableció en los primeros tiempos del género humano y se desenvolvió de edad en edad; y por la tradición de los patriarcas, por la palabra de los profetas, por toda la ley mosaica, por sus ritos, sacrificios y promesas, se trasmitió hasta la plenitud y la perfeccion de los tiempos. Puede en su virtud decirse, que el Antiguo Testamento no hizo mas que figurar, simbolizar, contar de antemano en todos sus debates los prodigios y las virtudes, el poder y la gloria del Nuevo Testamento, del que es el Antiguo una continua y magnífica profecía.

He aquí, como esas dos partes del precioso y sagrado depósito